

UNA PRESENCIA

FEMENINA

Vivíamos en un piso amplio, que nuestros ingresos altos nos habrían permitido amueblar con cierto lujo, y dotar de los electrodómesticos necesarios, y aún de los innecesarios. Juan y yo éramos pulcros y ordenados, pero, por si esto fuera poco, habíamos contratado los servicios de una agencia, que tres veces por semana, por la mañana, mientras él trabajaba en su estudio y yo en mi despacho del ministerio, se encargaba de realizar una limpieza más meticulosa, y dejarnos todo a punto.

Pese a ello, con frecuencia nuestros amigos y visitantes se empeñaban en demostrarnos que se notaba la falta de una mujer, o “una mano femenina” como a veces les daba por decir. Les hacíamos recorrer la casa, comprobando que

1

2

hasta los más mínimos detalles estaban cuidados, y cómo, por añadidura, nuestro buen gusto para la decoración y amor a las plantas, habían conseguido un conjunto que muy bien podía calificarse de cálido y acogedor.

Sin nada concreto en que basar sus argumentaciones reconocían la evidencia, para inmediatamente volver a la carga, y con la mirada perdida, decir que a lo que ellos se referían era algo que estaba en el aire: una ausencia, que nunca podrían llenar ni los objetos, ni las mujeres con las que, eventualmente, Juan y yo compartíamos nuestros lechos.

Durante un tiempo acaricié la idea de casar a Juan, y él más tarde me confesaría que había pensado en mi posible matrimonio para llenar ese hueco, que a fuerza de denuncias encadenadas y persistentes, nosotros mismos habíamos llegado a sentir. Hubo un tiempo en que pasábamos las tardes escrutando el espacio, intentando determinar las dimensiones y características del vacío existente, para conocidas éstas, adquirir la argamasa, gas, o lo que fuera, con qué llenarlo. Terminamos por pedir ayuda a una alcahueta de lujo, a la que otras veces habíamos solici-

segundo pliego

Disponible para publicidad

Manejabilidad

El cuadernillo os resultará más manejable -para leer en transporte público- si imprimís las dos páginas del PDF en las dos caras de un mismo din A-4, de modo que la cabecera de impresión sea la misma las dos veces. Y después hacéis los dos pliegos que aparecen marcados en la primera cara. Una vez plegado abriendo pasareís de la página 1 a la 2 y 3, desplegando tendréis la 4 y 5. Y en la parte inferior del pliego transversal la 6 y 7, por lo que si dobláis el este pliego en sentido contrario, tras leer 4 y 5, tendréis 6 y 7 a la vuelta

La realización ha estado a cargo de www.andarines.com y www.andarines.com/producciongraficas

a través de esas páginas se puede contactar con nosotros para promoción de empresas relacionadas con el turismo rural, y la realización de cualquier trabajo de edición,

o artes gráficas.
Nuestro e-mail es: información@andarines.com

Los ficheros (PDF) para la impresión de estos cuadernillos se pueden solicitar gratuitamente en www.andarines.com/cuadernos

3

primer pliego

soportar. Terminé rogándola que la hiciera salir de nuestra casa, sin que tuviéramos que, Juan o yo, decirle nada, cosa que, caballerosos como somos, nos resultaba en exceso violenta.

Sonrió con suficiencia, y me pidió paciencia, asegurándome a continuación que todo quedaría arreglado en un tiempo no demasiado largo; en un tiempo récord si teníamos en cuenta lo difícil de nuestro caso.

Volví a casa después de cenar con unos amigos, y encontré a la morena metida en mi cama. Pensé echarla, profundamente ofendido por la forma burda en que pretendía arreglar las cosas, pero dicen que la carne es débil, y quizá por eso pasé la noche entre revolcones, llegando la mañana sin apenas pegar ojo.

Al salir de la habitación vi cómo Juan se dirigía a la cocina acompañado de otra mujer idéntica. “¡Vaya por Dios! -pensé- la vieja nos ha mandado a su hermana gemela, para que ninguno tenga quejas”. Por teléfono, y a sabiendas de que no eran horas para llamar a la gestora de un prostíbulo, le aseguré que lo que nosotros queríamos no tenía nada que ver con el servicio que nos brindaba; y al mencionar a las “hermanas gemelas”, estalló en carcajadas,

4

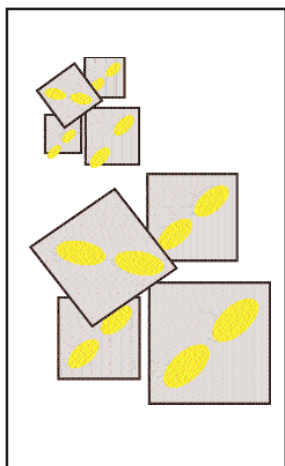
7

© M.G.M

Ahora nuestras visitas ya no notan la falta de una mujer en la casa, pero yo siento un vacío.

entró en la casa aliviándonos de los rigores del verano. Después, el sol del atardecer se fue alejando, y un aire más dulce de lo que

La última vez que las vi fue en la cocina, y no eran más que unos ojos dorados reflejándose sobre cada uno de los azulejos blancos, y un aire más dulce de lo que



colgando sin hacerme caso.

A pesar de haberla dejado en el lavabo, cuando llegué a la cocina para desayunar, Juan estaba con las dos, y en alguna manera esto me tranquilizó, porque, al menos, no era de esas mujeres que pierden el sentido del tiempo cuando se encierran en el baño. Cuando terminé el desayuno, me acompañó hasta la puerta, y me dio un beso fresco en la mejilla, que me ayudó a lanzarme escaleras abajo, y meterme de lleno en la mañana.

Reconocía que sabía hacer las cosas, y aunque dudaba mucho que fuera capaz de resolver el problema por el que se habían solicitado sus servicios, ya no me corría prisa que se fuera. Según pude comprobar Juan pensaba de parecida manera: no se había solucionado nada, pero al menos todo continuaba en orden, ese orden de solteros refinados y vividores, que habíamos conseguido para nuestras vidas.

Las empleadas de la limpieza se quejaron, sin dar ningún tipo de precisión, de haber encontrado numerosas dificultades para realizar su tarea, y justificaron con ello el no haber alcanzado la perfección de otras veces. Aún así nosotros encontramos todo en orden al inspec-

5

9

Durante un mes, y pese a que el fenómeno se repetía todas las noches, no vimos otras mujeres que las dos del primer día (y digo dos, porque entonces ya estábamos convencidos de que habían sido dos las que llegaron). Pero al comenzar la primavera, Juan me aseguró haber visto cinco en la cocina, y no me lo tomé en serio hasta que vi siete en el comedor. Desde entonces aumentaron continuamente (siempre a través de los números impares), de una manera tan vertiginosa, que hubieran, en poco tiempo

la par que separaba un trozo de lubina. con las dos, mientras yo insistía en lo mismo, a rosado, me aseguraba haber pasado la noche con los labios ligeramente húmedos por el en una comida de restaurante en la que Juan, Esta sospecha de multiplicación tomó cuerpo pudiera existir, queja alguna por nuestra parte. Parecían multiplicarse para que ningún detalle escapara a su control, y no existiera, ni nada de trabajo.

cionar pasillos y habitaciones mientras nos cubrían de besos, o acariciaban suavemente la espalda, esa espalda que cualquier que desempeña un puesto de responsabilidad tiene dolorida al terminar su jornada de trabajo.